

22 DE FEBRERO DE 1913

ANIVERSARIO LUCTUOSO DE FRANCISCO I. MADERO

La mañana del 22 de febrero de 1913, se llevó a cabo, en Palacio Nacional, una reunión de ministros del gabinete del usurpador Victoriano Huerta. El asunto a tratar era de gran relevancia, pues se decidía el futuro del derrocado presidente Francisco I. Madero y de quien lo acompañó como vicepresidente durante su mandato, José María Pino Suárez. Ambos, al igual que el oficial Felipe Angeles, se encontraban arrestados en habitaciones contiguas, mientras los cómplices del traidor deliberaban cuál sería el siguiente paso para consolidar el golpe de Estado que los llevó al gobierno y que se había iniciado el domingo 9 anterior.

En el ánimo de los participantes en esa junta el consenso era casi unánime. La opinión que prevalecía entre la mayoría era la necesidad de eliminar de tajo la molestia que significaba el líder de la revuelta que derrocó del poder a Porfirio Díaz, así como de todos aquellos que estuvieran en desacuerdo con el nuevo régimen impuesto. Solamente una voz entre el grupo de conspiradores propuso la realización de un juicio, para legitimar las medidas asumidas, pero su palabra quedó en el aire; la decisión estaba tomada.

Aureliano Blanquet, fiero soldado federal, recibió instrucciones para llevar a cabo la siniestra simulación. El plan consistía en lo siguiente: se ordenaba trasladar a los presos a la penitenciaría de Lecumberri. Una vez en los alrededores, una supuesta celada, tendida por los seguidores maderistas, buscaría rescatar a los prisioneros. En la refriega, los depuestos gobernantes, al intentar huir, recibirían el fuego cruzado, perdiendo la vida al instante. El subordinado que tenía que fingir esta charada, por instrucciones de Blanquet, fue el rural, mayor Francisco Cárdenas.

Cerca de las once de la noche, cuando los presos se encontraban a punto de dormir, fueron interrumpidos por los oficiales encargados de trasladarlos. Les ordenaron alistarse para partir inmediatamente. Una vez dispuestos, se acercaron a la puerta de salida de la intendencia, lugar donde se había recluso a los tres prisioneros. Ahí, el rural al mando le indicó al general Angeles que él no era requerido. Al llegar a los vehículos estacionados en el Patio de honor, Madero se dirigió al coche presidencial. Cárdenas, bruscamente, lo conminó a ocupar un "Protos". En otro, modelo "Peerles", se apeó el ex vicepresidente. Abandonaron el Palacio por la puerta principal y se dirigieron al oriente de la ciudad.

En la investigación que se realizó dos años después, cuando el Ejército Constitucionalista ocupaba ya triunfante la ciudad de México, los conductores de los vehículos, testigos presenciales de los sucesos, declararon que al llegar a Lecumberri rodearon las instalaciones penitenciarias, hasta un acceso ubicado en la parte posterior de la cárcel. Al arribar, Cárdenas ordenó a los prisioneros descender de los vehículos. Al momento en que Madero le dio la espalda, descargó su arma sobre la cabeza del ex presidente, matándolo instantáneamente. Pino Suárez corrió la misma suerte, no sin antes exhalar un profundo suspiro. Una vez perpetrado el doble homicidio, y después de esculcar los cadáveres para ver si portaban algo de valor, vaciaron la carga de sus pistolas sobre los vehículos, para aparentar el supuesto ataque de los maderistas. La fatídica misión estaba cumplida.

Al otro día, la prensa difundió en sus primeras planas los pormenores de la farsa ejecutada. Los rotativos indicaban que las balas que habían cegado la vida de los mandatarios procedían de las armas maderistas. El gobierno usurpador se lavaba las manos. Sin embargo, el sacrificio no podía quedar impune. La verdad tenía que emerger. En el norte del país, un movimiento reivindicador de la legalidad levantó nuevamente las ansias guerreras del pueblo que, en memoria del presidente y el vicepresidente asesinados, comenzó una nueva campaña, que culminó con la separación definitiva de Huerta de la silla presidencial, pero no puso fin a la agitación que sacudió a nuestra patria durante la segunda década del siglo XX.

Día de luto y solemne para toda la Nación. La Bandera deberá izarse a media asta.

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.